



4a Parte – Salmo 1 – Ser bueno no es suficiente  
Dr. J. Allen Blair  
533

Como hemos visto en el primer Salmo, hay dos clases de personas en el mundo: las dichosas y las tristes. Hoy enfocamos nuestras mentes en el «hombre triste», y la vida miserable que vive. No siempre se da cuenta, porque no tiene nada con qué comparar su vida. Su necesidad más grande, y ni siquiera lo sabe, es el Señor Jesucristo.

En el Salmo 1:1-3, vimos al «hombre dichoso». Según lo que dice el Salmo, este hombre ha descubierto el camino a la verdadera felicidad. Está lleno de gozo porque conoce al Señor, y día a día camina en el poder del Señor.

Ahora contemplamos otro cuadro que por cierto no es tan atractivo como el que presenta los primeros tres versículos del Salmo. Vayamos al Salmo 1:4-6 y veamos a este «hombre triste». Primero veremos su valoración; segundo, veremos su rechazo; y tercero, veremos su destino.

Ahora, el «hombre triste» es el que no ha recibido al Señor Jesucristo para su salvación. Puede ser un hombre de alta moral; hasta podría ser miembro de una iglesia, o puede que participe en algún programa de la iglesia, pero el problema es que nunca ha nacido de nuevo. No es un creyente; aún no ha confiado en Jesucristo. Ahora, como no creyente está clasificado con todos los incrédulos, los que viven en un estado de maldad deplorable, al igual que aquellos que tratan de ganarse la salvación por sus presuntas buenas obras.

Note lo que dice Apocalipsis 21:8, donde leemos, *Pero los cobardes e incrédulos*: ahí está esa palabra. Los incrédulos son los que no han recibido a Jesucristo. Note a quién más menciona en este versículo; sigamos, *los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos, tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre*, y Dios dice que esta es *la muerte segunda*. Ahora, aunque sean buenos o malos a los ojos del mundo, esta es la muerte eterna para los incrédulos. Los incrédulos solo pueden ser «personas tristes». Oh, yo sé que hay personas que se hace pasar por buenas. Viven una vida doble. Por fuera parecen ser felices y llevar una vida libre de preocupaciones, pero por dentro son miserables y desdichados. No son como el «hombre dichoso».

Veamos la valoración de un «hombre triste». *No así los malos*, dice Dios. Es decir, no son como el primer hombre descrito en los primeros tres versículos del Salmo. No se deleitan en la ley de Jehová. No confrontan el pecado y sus partidarios. No son como la hoja que no cae. Al contrario, *son como el tamo que arrebató el viento*. Ahora permítame preguntarle, ¿qué valor tiene un tamo? La palabra en nuestro texto se refiere al tipo de tamo más liviano que hay, que el agricultor desea que sea arrebatado por el viento, porque es absolutamente inútil.

Pues, de la misma manera, los que no son salvos no tienen ningún valor para Dios, indiferentemente de cuánto valor piensen tener ellos mismos, porque por lo general los que no son salvos a menudo creen tener mucha valía. Dicen, «oh, yo soy tan bueno como los que asisten a la iglesia». Eso será cierto, pero no somos salvos por lo buenos que seamos. Es la gracia del Dios Todopoderoso que nos salva. Si pudiéramos salvarnos a nosotros mismos, la muerte de



Jesucristo en la cruz hubiera sido el desperdicio más grande de vida que jamás ha presenciado la humanidad.

No importa lo buenos que nos creamos, seguimos siendo pecadores, y como pecadores necesitamos un Salvador. Leemos en la Palabra de Dios, en Romanos 3:23, *Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios*. No hay excepciones aquí. Puede que usted contribuya grandes sumas de dinero a su iglesia. Puede que haya dirigido una iniciativa para construir un nuevo hospital en su comunidad. Aunque estos esfuerzos son loables y valen la pena, no lo llevarán al Cielo. Si no viene a Cristo no está preparado para la eternidad. Está rebelándose contra el mensaje de gracia y amor de Dios, y está rechazando a su Santo Hijo, Jesús.

He hablado con personas varias veces sobre lo que les estoy diciendo hoy. Y cuando le dije a uno que era pecador, contestó, «¿Por qué? Si no he hecho nada malo». Permítanme contarles lo que la Palabra de Dios dice al respecto: Miren lo que dice en 1 Juan 1:8, *Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros*. Amigo, todos hemos hecho lo malo; todos somos culpables de ser pecadores.

Marie Becker, una viuda de 58 años, fue juzgada por asesinato en masa. Unos tras otros, quienes le habían prestado dinero, quienes ella había cuidado estando enfermos y que incluso le cedieron sus propiedades, murieron bajo circunstancias comprometedoras. De cara a la culpabilidad evidente, la viuda Becker testificó lo siguiente: «Siempre he sido una buena persona. Nunca le he hecho daño a nadie». Pues la corte no aceptó su testimonio.

Hay algunos que responden a Dios de la misma manera. No hay lugar en el Cielo para los que dicen, «Soy lo suficientemente bueno para no necesitar a Jesucristo. No soy culpable de pecado». Pues claro que ha pecado; todos hemos pecado, menos Dios. Por eso debemos hacer la oración que hizo el publicano, *Dios, sé propicio a mí, pecador*, y después, humildemente, confie en la completa y gratuita expiación que Jesucristo hizo por nosotros con su sangre en la cruz. Nuestro Dios dice en 1 Juan 1:9, *Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad*.

Un joven universitario solía hablarle a uno de sus compañeros de clase acerca de recibir a Cristo. Finalmente, el amigo le dijo que no se sentía en necesidad de recibir a Cristo porque llevaba una vida moral casi perfecta, y no sabía qué más podía hacer Cristo por él. El cristiano no discutió con su amigo. Simplemente le dio dos hojas de papel, una en blanco y la otra con el borde negro, y le dijo que en la primera hoja escribiera todas las cosas buenas que había hecho a la perfección, sin ningún indicio de maldad. En la otra le dijo que escribiera todo lo malo que había hecho. A los pocos días el estudiante regresó, y la hoja con el borde negro estaba llena por ambos lados, y la pudo haber llenado muchas veces más porque se había acordado de tantas cosas malas que había hecho. En la otra hoja, solo pudo escribir una cosa que él consideraba la más pura y buena que había hecho en su vida: el amor que le tenía a su madre. Después de pensarlo un momento, también tachó esa. Era una cosa buena, pero no perfecta. A menudo había mancillado ese amor con el egoísmo, el mal genio, y el desentendimiento. Entonces el cristiano le preguntó, «¿Y qué hiciste al respecto?». Y le dijo, «Me puse de rodillas, y le di gracias a Dios porque hay un Salvador, y recibí a Jesús en mi vida».



Amigo, eso es lo único que debe hacer. Póngase de rodillas; ese es el único lugar donde debe estar. No tenemos justicia propia. Oh, espero que Dios le comunique esto hoy. Mire lo que dice Romanos 3:10-12. Dios dice: *Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, ni aun uno; no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.* Y lo peor de todo lo leemos en el versículo 18, *no hay temor de Dios delante de sus ojos.* El que piensa que puede salvarse solo, no teme a Dios. Arrogante y egoístamente está diciendo: «Puedo hacer las cosas sin Dios. Puedo hacer las cosas por mi cuenta». Oh, espero que no cometa ese desgraciado error. Quizás esté triste el día de hoy porque nunca ha nacido de nuevo. Usted es como el tamo, dice Dios, que arrebatada el viento. Esa es la valoración del «hombre triste». ¿Y cuánto vale? Nada. No tiene valor hasta que sea redimido por la sangre de Cristo. Venga a Cristo hoy. Si nunca lo ha hecho, incline su rostro y diga, «Jesús, sé que soy pecador, pero quiero ser salvo».